



REDACCIÓN
CALLE DEL TUTOR, NÚMERO

NÚMERO SUELTOS 15 CÉNTIMOS

Nada de cientos ni miles
del fondo de los reptiles.

Más escuelas y canales
que toros y generales.

Las empresas ferroviarias
tendrán censuras diarias

A CORRESPONSALES Y VENEDORES

25 Números, 2'50 pesetas.



PUNTOS DE SUSCRIPCIÓN
EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS

Más pan y más azadones
que fusiles y cañones.

Abajo las cesantías
De ministros de tres días.

Ve EL QUIJOTE madrileño
todo enemigo pequeño.

A CORRESPONSALES Y VENEDORES

25 Números, 2'50 pesetas.

NÚMERO ATRASADO, 30 CÉNTIMOS

ESTÉ PERIÓDICO SE COMPRA, PERO NO SE VENDE

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
EN MADRID.
Un mes. 1 peseta
Trimestre. 2,50
Año. 10

FUNDADOR
EDUARDO SOJO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
EN PROVINCIAS.
Un Trimestre. 3 pesetas
Semestre. 6
Año. 12

LA REPÚBLICA

Para conmemorar el aniversario de la proclamación de la República, hemos puesto á la venta el 11 de Febrero una magnífica oleografía, en más de veinte colores, representando á la República, en busto, de tamaño natural, al precio de 1'25 pesetas para los correspondientes y 1'50 para el público en general, siendo las dimensiones de la misma 17 x 39.

VILLANCICOS

Voy á hacer un nacimiento
en estas fiestas, señores,
y pondré á mi gitanilla
al lado del rey Herodes.

La Noche Buena se viene,
la Noche Buena se va,
¡Si se fuera mi gitana
para no volver ya más!

En el portal de Belén
estaba ayer mi gitana,
tocando las castañuelas
para que la diesen plata.

Esta noche es Noche Buena
y me voy á emborrachar
imitando á mi gitana
que día y noche lo está.

Tengo de echar una copla
asomado á la ventana,
y la copla ha de decir:
¡Malhaya sea mi gitana.

En el portal de Belén
han colocado una escala,
para escaparse por ella
el samuñi y mi gitana.

LA NOCHE BUENA DE D. EMILIO

La alegría tiende sus alas de oro sobre la cochiguera, encima de cuya entrada se leen estas palabras: «Lasciate ogni pudore voi qu' entrate.»

Todo es silencio en derredor. La Naturaleza duerme. En el interior de la ya dicha cochiguera oyense ruidos de gozo, ruido de zambombas, cristalinis choques de copas y botellas... todo el rumor característico de una bacanal.

Entremos. En derredor de un gran pesebre se ven multitud de posi... (perdón; me he equivocado de calificativo. Son cerdos. La frase es cruda, pero gráfica). Sus ojos brillan como de limpiísimo cristal, sin duda bajo el influjo de la continuada libación. (Es de advertir que los comensales gustan del pan de Viena, pues entre trago y trago devoran con deleite sendos trozos.) Charlan y gritan sin conciencia de sus actos, agitando febrilmente rabeles y zambombas en honor del Dios de los cristianos. La algarada es tal, que apenas se oyen ciertas palabras que desde el centro del pesebre salen en demanda de silencio.

Fijémonos en quien las pronuncia. ¡Ah! El labio se petrifica y no deja escapar palabra alguna, verdad es que tampoco la garganta las forma, ni pensamiento, por nimio que sea, el cerebro. La admiración nos dejó sin vida. Rodea la cabeza de aquel emblema vivo de la constancia y de la dignidad una como aureola de rosada fosforescencia. Entre sus orejas sostiene una corona, premio que merecieron tan santas virtudes. A sus pies yace hecho pedazos un cartel en que se leen las palabras: Libertad, Igualdad y Fraternidad. En el pesebre están grabados varios números romanos que forman el número trece, hacia el cual dirige con frecuencias miradas que son todo un poema de amor.

Restablecido el silencio entre la maloliente, el anfitrión se levanta. Llena la cochiguera el chasquido de innumerables patas que chocan entre sí en guisa de aplauso, el saludado dá las gracias enseñando los dientes bajo el recio bigote, tira de los puños de la camisa... y ¡silencio, apóstata! Con voz dulce, melodiosa como las arpas que la tradición dice que agitaba el viento, comienza el siguiente discurso:

«Queridos hermanos míos en Jesucristo: Día de perenne recuerdo será el de hoy para mí. Esta primer Noche Buena que celebramos convertidos á la doctrina verdadera y única, es para mi noche inefable, como pasada entre las bienandanzas del Paraíso. (Chasquido prolongado de patas.) ¡Ah, mis queridos hermanos! Abjuramos de aquellas falsas ideas de regeneración de la patria, predicadas con entusiasmo y defendidas con te-

són; confesamos nuestra ceguera, abrimos los ojos y nos vemos iluminados por otra luz más clara. ¿Oís? Arcángeles y serafines entonan un himno á nuestra conversión. (Los comensales enderezan las orejas como para escuchar algo. Se oye la marcha real.) Sí, adorables hermanos; Dios nos alumbró, vimos la senda de la verdad, no encontrada entre las sombras que inundaban nuestro espíritu. Hoy, al amoroso amparo de la venerable institución de nuestros mayores y de su religión sacrosantísima, celebramos esta bíblica ceremonia. Celebremosla con gozo, porque ella confirma nuestro arrepentimiento. Y así como al comenzar esta fiesta os dije, imitando á Cristo, con el pan de Viena en la diestra y el dorado Jerez en la siniestra: bebed y comed; he ahí mi cuerpo y mi sangre, ahora os lo repito señalándoos esa vasija humeante que parece estar pronta á realizar la más hermosa de las obras de misericordia: «Dad de comer al hambriento.» He dicho.»

Las patas se unen otra vez. De todas partes brotan frases de admiración. El orador se rasca modestamente una oreja, en la cual se ven tatuadas una E. y una C. Los comensales, pasada esta ráfaga de subordinación y entusiasmo, se abalanzan á la vasija, que, al ser destapada, deja escapar una nube de humo que en juguetona espiral sube hasta el techo escribiendo en él con su danza esta palabra: «Presupuesto.»

Canta el gallo tres veces. Cerca de la cochiguera, una matrona hermosísima, envuelta en un gran trozo de tela amarilla y roja, llora desconsoladamente...

TIGUS.

ESE CASTRO

No comprendo la indignación con que la prensa republicana ha recibido la noticia del ingreso en la monarquía del federal Sr. Castro.

No se porque vamos á exigirle á ese hombre la delicadeza de sentimientos de los espíritus superiores. ¡El amor al ideal, la fe en la idea, quédese eso para aquellos seres capaces de amar y de creer!

El concejal Sr. Castro—¡concej al fin!—ha saltado desde la República á la monarquía.

¡Bien hecho! Ese salto le ha valido por lo pronto una vara de teniente alcalde. El oficio de apóstata es siempre productivo.

Estas traiciones de los pequeños deben inspirarnos más lástima que indignación. Vender su conciencia, engañar á su partido por una vara de teniente alcalde ¡qué miseria!

Hasta ahora ese pobre Sr. Castro había pasado desapercibido en la vida. ¡Gran suerte! Nadie hablaba de él ni para bien ni para mal. Era un desconocido, uno de tantos, sin nombre ni personalidad. Se sabía de él

sólo que era fumista y federal. Y he aquí que de pronto ese hombre se siente con condiciones para la vida pública, y presenta su candidatura de concejal, y sale elegido, y va al Ayuntamiento á defender los intereses del pueblo.

Pasa tiempo, y un día se sabe que al republicano federal Sr. Castro, le ha florecido el bastón como á San José, y han brotado de él las borlas de teniente alcalde. La gente se ríe maliciosamente, y grita: ¡milagro! ¡milagro! Y he aquí al Sr. Castro, concejal y fumista, convertido en personaje, indignando con su conducta á la gente de buena fe que todavía cree en el ideal de la política.

No, no nos irrite por el acto de apostasia realizado por ese hombre. La virtud de la consecuencia es propia solo de los espíritus superiores. Ese Sr. Castro, abjurando de sus ideales, ha sido lógico consigo mismo. No vale, la pena de que nos indignemos con él. Compadezcámosle simplemente.

NEGATIVA

Bellísima rabia
de ojos seductores:
luz de la mañana:
reina de las flores:

deja que prosiga
mi tosca faena:
¡deja que al esclavo
lime la cadena!

No me pidas versos
de dulce lirismo.
Pídeme dolores
y sombras de abismo.

No digas que cante
tu pálida frente;
tu cuello de nácar;
tu pecho turgente;

tu fresca mejilla;
tu risa amorosa;
tus bellos contornos;
tu busto de diosa.

Desoigo tus ruegos.
No muestres agravios.
¡Yo te besaría
con ansia en los labios!

Mas vale tan ruda

DON QUIJOTE



Afilalo bien, Anton, que ese mismo ha de servir para acabar contigo y con lo otro.



Lo que hemos de presenciar en el año 95. Y poco ha de vivir quien no lo vea.



¡Dios me asista! Por aquí me voy á romper hasta el morrión.



¡Pobre Mateo; con buena carga entras en año nuevo!



¡Como estará este país que hasta el gordo emigra!



*ULTIMA HORA
Se dice que en Cuba..... Se teme que en España.....*

Ayuntamiento de Madrid

y franca osadía,
que el dulce lirismo
de la poesía.

Ni cantarse puede
tu inmensa grandeza,
ni lo necesita
tu angusta belleza.

Mas se hace preciso
que ruja el encono.
Aun en pie se encuentran
la iglesia y el trono.

Aun nos acomete
furioso su enjambre,
y hay muchas familias
muriéndose de hambre;

y España, abatida,
sufrir humillaciones...

¡Pulverizar quiere
estos eslabones!

Cuando se despejen
los aires de bruma,
y el sol de los libros
fulgure en la espuma,

y bese la copa
gentil de las palmas,
y alumbre los mundos
y encienda las almas:

cuando el pueblo, altivo,
quebrante su yugo,
y de los tiranos
se erija en verdugo,

y sin el oprobio
de trañas ni lazos,
la cadena arroje
partida en pedazos,

entonces, en himnos
de amor y ternura,
cantar te prometo
tu egregia hermosura.

H. y debe el poeta
de entusiasmo lleno,
hacer á su lira
vibrar como el trueno.

Perdona que tu hondo
anhelo no acalle,
¡oh rosa de Egipto!
¡oh lirio del valle!

Mas no te me enojas
ni muestras agravios...
¡Yo te besaría
con ansia en los labios!

Bellísima rubia
de ojos seductores:
luz de la mañana:
reina de las flores:

deja que prosiga
mi tosca faena:
¡deja que al esclavo
lime la cadena!

LANZADAS

Los ministros—¡dichosos ellos!—
han recibido durante estas fiestas de
Navidad un sinnúmero de regalos.
He aquí los que le hemos enviado
nosotros:

A Sagasta.—Un ejemplar del *Guer-
nicaco Arbola*.

A López Domínguez.—Media do-
cena de canarios, y la copia de los ar-
tículos 110, 111 y 112 de la Constitu-
ción de 1869.

A Maura.—Varios pleitos.

A Pasquín.—Una docena de bar-
cos... de papel.

A Canalejas.—Un ejemplar de su
célebre biografía de Ruiz Zorrilla.

A Capdepón.—Un Manual de educación.

A Groizard.—Una copia de sus famosas reformas
sobre la enseñanza.

A Abarzuza.—Un ejemplar de *El vergonzoso en
palacio*.

A Puigcerver.—Un retrato de García Alonso.

¡Y luego dirán ustedes que no somos espléndidos!

Pues señor, estamos más divertidos que queremos.
Las fiestas se suceden unas á otras sin interrupción.
Después del debate político, la ascensión en globo
de un oso.

¡Y vaya si era un gran areunata la tal fiera!

¡Que modo de elevarse!

La gente al verle subir, gritaba:

—¡Adios Abarzuza!

El comité republicano federal del distrito del Cen-
tro, ha acordado en vista de la actitud del concejal don

Rosendo Castro, protestar de su conducta y retirarle su
confianza dándole de baja en el censo del partido.
O lo que es lo mismo: el Sr. Castro ha sido degra-
dado políticamente.

El Sr. Canalejas, según afirman los periódicos, apro-
vechará las fiestas de Navidad y las vacaciones parla-
mentarias para confeccionar los presupuestos.
¡Temblad, contribuyentes!

Al señor conde de Canga Argüelles no le ha gusta-
do, por considerarlo peligroso, el melo-drama *El pan
del pobre*.

Y dicen que va á escribir otro melodrama rebatien-
do las ideas de aquél.

El cual se titulará:

El pan de Viena.

—¿Quieres herrar á mi asno?—preguntó Dios.

—Sí—contestó Miseria.

Pero como no tenía ni un mal pedazo de hierro en su
fragua, cogió una gruesa anilla de plata y empezó á forjar-
la sobre el yunque.

—¿Qué haces con esa plata?—le preguntó Dios.

—Una herradura para vuestro asno, respondió Miseria; y
puso á la cabalgadura del buen Dios una herradura de plata.

—¿Cuánto pides tú, por haber herrado mi asno?

—Nada; paréceme que no sois más rico que yo.

—¡Pues bien!, ya que nada pides, voy á concederte tres
dones; reflexiona y pide lo que quieras.

—Pide el Paraíso—le decía en voz baja San Pedro.

—Tiempo me queda para ello—respondió el herrero.—
Quisiera que nada de lo que entrase en mi bolsa de tabaco
pudiese salir sin mi permiso.

—Concedido—dijo Dios—¿y la segunda petición?

—Quisiera que ninguno de los que se sentaren en mi
silla, pudiese levantarse sin mi permiso.

—Otorgado—dijo Dios—sólo te queda una cosa que pedir.

—Deseo que nadie que trepe á mi nogal pueda bajar sin mi
permiso.

Dios le otorgó también este don, y des-
pués, subiendo á su asno, prosiguió su
ruta con San Pedro.

Miseria, con sus tres dones no era mas
rico que antes; no siempre comía cuando
tenía gana, y su perrito Pobreza estaba
flaco como un clavo.

Desesperado un día, le ofreció su
alma al diablo.

Esté se le apareció, y le dijo:

—Toda vez que quieras venderme tu
alma, hagamos trato y te pagaré bien; te
daré oro y plata y cuanto tú quieras.

—Conformes—respondió Miseria—
¿cuántos años me concedes?

—Veinte años.

—¿Veinte años? Sea. Trato hecho.

El diablo le dio á Miseria oro y pla-
ta, y Miseria vivió á sus anchas.

Cuando hubo transcurrido el año vigé-
simo, el diablo vino á llevarse á Miseria.

—Ya te sigo, pero antes, quisiera la-
varme un poco y ponerme otro traje;
séntate en mi silla, que presto acabo.

Sentóse el diablo en la silla de Mise-
ria, quien no tardó mucho en hacer su
toilette, y en cuanto hubo terminado, le
dijo al diablo:

—¿Vamos?

El diablo intentó levantarse, pero pa-
recía clavado en la silla sin poderse mo-
ver.

—Te aguardo, ¿no vienes?

—Es que no puedo levantarme.

—¿Cuántos años más me concedes para
que te deje ir?

—Veinte—respondió el diablo.

El diablo salió de la silla de Miseria.

Cuando hubo transcurrido el vigésimo
año, vino el diablo, acompañado de otros
tres, para llevarse á Miseria.

—¡Ah!—le dijo Miseria.—Déjame cam-
biar de traje. Mientras tanto, si queréis
comer nueces, las hay en mi nogal y
muy maduras. Nunca habrás comido cosa
mejor.

Treparon los cuatro diablos al nogal
y se pusieron á comer nueces. Cuando
Miseria estuvo listo, dirigióse al pie del
árbol, mofándose del diablo, que no po-
día bajar.

—Déjanos partir, Miseria—gritaba el
diablo—y te daré veinte años más de
vida, y dinero á discreción.

Miseria dejó que bajaran los diablos,
pero veinte años pasan pronto para quien
no se fastidia y tiene repleto el bolsillo.

El jefe de los diablos, Platus, vino á lle-
varse á Miseria, acompañado de todos los
diablos del Infierno.

—Estoy pronto—dijo Miseria—pero
me han asegurado que tu te achicabas á
voluntad. ¿Será cierto? ¿Podrías entrar
en el cuerpo de una hormiga, tú y todos
los diablos?

—Sí—respondió Platus.

Acto seguido, en lugar del diablo y
de todos sus vasallos, vió Miseria una
hormiga que se apresuró á meter dentro
de su bolsa de tabaco. Después la colocó
sobre su yunque y se puso á golpearla
con el martillo, hasta que hubo empa-
cado su camisa, y cada día repetía la mis-
ma faena.

Miseria acabó por morir, y se llegó á la puerta del Pa-
raíso, seguido de su perrillo Pobreza. Llamó: ¡Pam! ¡pam!,
y San Pedro vino á abrir.

—¡Ah! ¿eres tú, Miseria?—le dijo con acento burlón—
para tí no hay aquí sitio; hubieras debido pedir el Paraíso:
ya te lo decía yo...

Y le dió con la puerta en las narices. Pasó entonces Mise-
ria á llamar: ¡Pam! ¡pam!, á la puerta del Purgatorio.

Abrió el portero el postigo, y cuando hubo examinado los
papeles de Miseria, le dijo:

—No tienes bastantes pecadillos, y si demasiados pecados
gordos para entrar aquí; sigue tu camino.

Y le dió con el postigo en las narices. Pasó entonces á
la puerta del Infierno. En cuanto le divisó el portero, la
atrancó y le dijo:

—Retírate Miseria; aquí nunca entrarás tú; demasiado
bien nos trataste cuando estábamos en tu bolsa de tabaco.

Volvió á bajar Miseria á la tierra, y en la tierra sigue
desde entonces, acompañado de su perrillo Pobreza.

Diego Pacheco, Impresor, plaza del Dos de Mayo, 5.

Año 1

Madrid 28 de Diciembre de 1894

Núm. 9

A todo cómico malo

¡PAPO!

Al escritor que se escurra

¡ZURRA!

Si un músico se despeña

¡LEÑA!



REVISTA DE TEATROS

ALMERINDA SOLER DI FRANCO



Quién no conoce á la tiple de Ber-
jez.

Qué autor no la debe sus mejores
triumfos.

Intérprete sin rival del repertorio
de zarzuela grande, toda España la
colmó de aplausos. Nosotros hace-
mos lo mismo desde este humilde
semanario, y al publicar su retrato
rendimos tributo á los merecimien-
tos de la eximia cantante.

LOS TEATROS

Princesa

El Sr. Cavestany, á quien todos
creíamos muerto—literariamente se
entiende—ha vuelto á la vida de las
letras con una nueva comedia titu-
lada *Soñía*, la cual se estrenó noches
pasadas en el teatro de la Princesa.

La nueva obra del autor de *El es-
clavo de su culpa*, inocente hasta la
hoñez, y romántica hasta la cursile-
ría, obtuvo, sin embargo, un gran
éxito la noche de su estreno.
¡Lo que tiene ser silvestral!
La ejecución de *Soñía*, así, así,
nada más que regular.

Apolo

El centro de la tierra.
Letra mala, música mala, decora-
ciones malas, interpretación mala.
No se pueden pedir más cosas malas
en dos actos y en una sola noche.
Corramos un tupido velo y dejemos
á Monasterio, á Celso Lucio y á Fer-

nández Arbos que tomen el desquite,
aunque les aconsejamos que varien
de teatro, porque cualquier cosa se des-
quita con Rodríguez y Joaquinita
Pino.

Eslava

Un sueño en Oriente.
Tampoco ¡ay! el tal sueño fué del
agrado de los morenos. Vaya una se-
manita de fracasos. Se va poniendo
la cosa de tal modo que va á ser ne-
cesario huir de los teatros en noche
de estreno, porque si no á lo mejor
lo sacan á uno de allí *cadáver*, como
decía Abarzuza antes de ser mi-
nistro.

Parish

Eclipse de luna:
de tenor Rosell,
de Virgilio Arana.
¿Quién compra un pastel?
Nota bene: La indigestión es. Segura

Romea

La Menegilda, agencia de criados,
juguete cómico-lírico, original la le-
tra de los Sres. Larra y Gullón, y la
música del maestro San José, obtuvo
un buen éxito la noche de su es-
treno.

La tal obrilla está escrita con bas-
tante gracia, tiene situaciones cómi-
cas de gran efecto, y fué representa-
da con acierto por Loreto Prado y
los Sres. Bosch y Barr yoca.
En suma: un éxito.

SILBIDOS Y APLAUSOS

Diálogo de dos abonados á un tea-
tro por horas:
—Yo he oído decir al maestro que
esa chica á el sol.
—Yo no se si dará el sol; lo que
puedo asegurarte es que es capaz de
pedir la luna.

Dos epitafios de Cabezo:
Yace aquí la doncella
de doña Rara Alegria.
—Déjeme usted que me ría
siquiera por esta vez.

**

Todos los españoles reniegan en estos momentos
de la lotería.

Pero al Estado le ha producido el último sorteo,
dieciocho millones de reales.

Y esto debe de consolarnos, aunque no sea más que
por patriotismo.

Si, protejamos al Estado que vela por nosotros... y
nos deja sin dinero.

¡Oh, la lotería!

MISERIA

(TRADUCCIÓN DEL FRANCÉS)

Erase que se era un herrero llamado Miseria, el cual te-
nia un perrito llamado Pobreza. Tan pobre era Miseria, que
ni tenía pan, ni mesa, ni tampoco hierro que forjar, pues no
había quien le fiara ni un ardite.

Cierta día, el Señor y San Pedro pasaron por delante de
su herrería; su aspecto nada tenía de rico, y Dios iba mon-
tado en un asno que acababa de perder una de las herraduras.